

Cielo, mar y tierra en el pincel

Los paisajes que forman parte de la vida y obra del artista argentino Guillermo Bekes se pueden ver en Madrid

B.B.

Primero Santa Fe, luego Concordia, después la llanura del litoral entrerriano, más tarde Buenos Aires y ahora también Madrid, Galicia o Castilla. La biografía de Guillermo Bekes se podría escribir con paisajes.

Con el Litoral dentro...

El artista argentino que este 1 de febrero estrena exposición en la Casa de Galicia de Madrid (hasta el 17 de febrero) dice que empezó a agarrar el pincel por culpa de un libro del Museo del Prado que había en su casa de Concordia –donde se mudó a los 7 años desde Santa Fe–, y en el que descubrió los cuadros de Velázquez y El Greco.

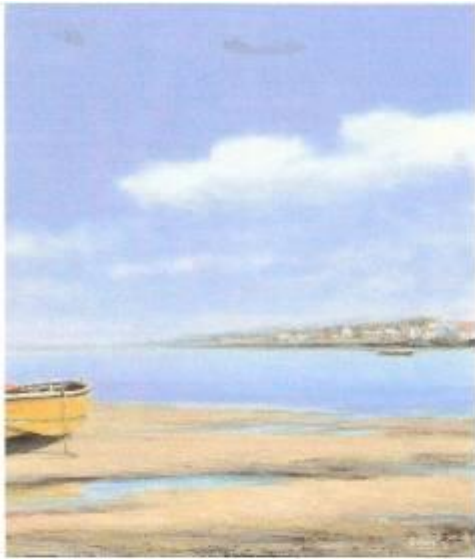
Arrancó copiando esas "pequeñas fotos" de Las Meninas y otras obras de arte de la pinacoteca más famosa de Madrid y ya no paró hasta convertirse en un especialista en paisajes. Los primeros, los que sirvieron de escenarios de su infancia y adolescencia, y que salpicaron esa crianza dentro de una familia, capitaneada por una abuela húngara, en la que la cultura tenía un lugar importante. "Me crié en Concordia, en un entorno paisajístico muy hermoso, costero, con el río Uruguay, los verdes, los maravillosos atardeceres...", cuenta Guillermo desde su piso madrileño, un mes antes de inaugurar la muestra 'Paisajes de mar y tierra'.

A los 30, dejó la ciudad entrerriana para aislarle en la llanura solitaria del Litoral, en el campo, en busca del paisaje que consolidara un estilo y una temática que ya

no iba a abandonar, a pesar de dejar la quinta que era su hogar para marchar a Buenos Aires. "Estuve allí 10 años y, por circunstancias personales me tuve que ir, pero el paisaje me lo llevé dentro, y se hizo más evocativo, metafórico, ha mejorado. Ahora hay en mis cuadros una nostalgia poética de lo que ya no es, un paisaje remoto no tan remoto", explica este hombre de dos pasiones, la pintura y el fútbol.

Las circunstancias, los colores, las características, la humedad, la luz son los elementos de los sitios que habita que conmueven al pintor y que le llegan a lo más hondo. Pero también hay una explicación algo más racional, si se quiere, a la elección de esta temática. "Se ha dado una correspondencia muy buena con el público. Hay una devolución, un ida y vuelta, porque es un género muy amplio, abarcador, o folclórico, llevándolo a términos del ámbito musical. No es de élites, por eso lo priorizo, por su fuerte vigencia popular, para gente que 'no entiende' de arte", enumera.

"Hoy en día, parece que el arte tuviera la obligación de inventar algo, de ser ingenioso, como si un cuadro fuera un vestido. Se ha perdido la trascendencia. Hay una disociación entre el artista y el público. Se va a las bienales porque hay que ir, pero no se contemplan las obras, se pasa por ellas. Es presuntuoso y absurdo querer inventar algo. Yo no pretendo hacerlo, sino pintar desde las emociones y desde lo que te vas encon-



trando, porque al fin y al cabo, eso es la vida también", profundiza.

Su segundo hogar

Hoy, Guillermo vive a caballo entre Buenos Aires y Madrid y es en la capital española donde va a tener el placer de compartir más de una veintena de sus obras con marinas y valles gallegos y llanuras argentinas. "En 2009 expuse en Mondariz, Pontevedra, y la muestra tuvo una gran repercusión, algo que ahora ha permitido que la Casa de Galicia haga una excepción e invite a un artista que no ha nacido en sus tierras en la sala principal de su sede madrileña, además de editar un catálogo de lujo", dice Bekes.

Casualidades o no de la vida, los lienzos de Guillermo colgarán de las paredes de una sala que casi comparte medianera con su amado Museo del Prado, al que pudo conocer por primera vez treinta años después de que ese libro, que iba a despertar el "gen de la maldad" que ya tenía dentro, cayera en sus manos. "El Prado forma parte de mi vida y fue muy fuerte conocerlo y ver que esas pequeñas fotos que yo copiaba eran cuadros gigantes. Era un poco como estar en mi casa y en cada viaje que hago paso varias horas allí", confiesa.

Si bien aquí no está tan instalado como en Buenos Aires, donde tiene su casa taller, se siente apoyado por mucha gente y en un ambiente favorable, como el que encuentra en el Círculo de Bellas Artes, uno de los sitios donde trabaja sus obras. "Es complicado desde lo emocional tener la vida repartida entre dos lugares, porque hay que quitarse un chip y ponerse el otro, pero tengo muchos años de entrenamiento y tardo unos quince días en adaptarme", asegura.

Y es que al final, en una u otra capital le pasa lo mismo que con los paisajes que a primera vista a uno le podrían parecer muy diferentes, como el de Entre Ríos y Galicia: la esencia es la misma. "Mis paisajes de llanuras entrerrianas son distintos a los valles gallegos, pero las emociones que provocan son similares. En

Galicia, noté que compartía con Entre Ríos la luminosidad y los tonos de verdes, la luz y el color y hasta encontré al costado de un camino gallego, una planta de burucuyá, como si estuviera en Concordia. Así como esta última está llena de plátanos. No por nada tantos gallegos eligieron Entre Ríos para quedarse, se sentían como en casa", reflexiona Guillermo.

Para terminar, Bekes deja una reflexión que vuelve sobre su obra pero también sobre la vida misma y que puede servir a la vez de invitación a su muestra: "El paisaje expresa la universalidad de nuestro mundo, lo común y lo interesante que habita nuestro planeta. Más allá de las variaciones y de las diferentes improntas, hay un estar de la naturaleza. Cielo, mar y tierra". ●

